

D e s d e P a r í s

Para Pedro Sanjuán.

—¿Marcadet 31-78?... ¿Es usted, Milhaud?

—¡Ya tenemos sucesor!

—¿Varón?

—Daniel.

—¿Aptitudes para la música?

—Llora por tonos enteros.

—¡Enhorabuena! Después de Ricardo, Sigfrido; después de Darío, Daniel.

—Se equivoca usted. Lo voy a hacer *business-man*.

—¿Y la música?

—¿Quién le ha dicho, mon cher, que a mí me gusta la música?

Un día, Charles Levadé, compositor con barbas espirituales, autor de un inofensivo y olvidado *Figón de la Reina Patoja*, tuvo la sorpresa de ver a Milhaud entre los miembros de un tribunal reunido para juzgar partituras inéditas. (¡Ya no se puede estar tranquilo en ninguna parte!)

—Señor Milhaud—dijo, con agria sonrisa,—confieso que aborrezco su música.

—¿Será posible, querido maestro? ¡Yo adoro la que usted compone!

—¿Seriamente?

—Seriamente. Me gustan las obras logradas... Aún la admirable "Valencia" de Padilla.

Supongo que Darius Milhaud hizo creer a algún amigo de Joaquín Turino que aspiraba a que sus obras futuras, escritas en una tarde, fuesen ejecutadas la misma noche sin previo ensayo, pues el compositor español repitió muy seriamente esta "milosada" en una de sus conferencias pronunciadas en La Habana. Y quien haya visto a Milhaud dirigir sus ensayos de orquesta, podrá afirmar que muy pocos compositores contemporáneos hacen trabajar un conjunto orquestal con su encarnizamiento... Es útil citar la anécdota. Nos prueba cuán peligroso puede ser el humor travieso del músico para los que sólo lo conocen superficialmente. Con tono sentencioso, sin sonreír siquiera, el autor de *La creación del mundo* es capaz de promover las peores herejías,—tal vez para poner a prueba el "training" espiritual de sus interlocutores... "¿No ha oído usted las obras de González-Dupont?—pregunta Milhaud a un ingenuo admirador.—¿Será posible? Conózcalas, y sabrá usted de un artista que toma su arte en serio..."

El ingenuo admirador espera pacientemente que alguna agrupación ofrezca audiciones de obras del maravilloso desconocido. Y acaba por padecer—gracias a la recomendación de

Milhaud—la ejecución de un quinteto francista, que desarrolla sus temas cíclicos durante cincuenta y cinco minutos.

Darius Milhaud se defiende; se defiende a la manera de Erik Satié, cuyo espíritu parece vagar todavía por el estudio—desordenado, lleno de trastos y pinturas—del gran compositor.

□

Milhaud no oculta sus devociones: *Pierrot Lunaire*, Hindemith, el *Sócrates* de Satié, *Apolo* de Stravinsky. Llegar a declarar—sinceramente, por una vez—que Malher y Alberic Magnard no son tan pesados como el público suele creerlo. Pero estas preferencias austeras no le impiden admirarse ante el garbo y el "sportmanship" de Gershwin y Youmans. La obra entera del maestro se rezuma de antítesis de esta índole. Para divertirse, no vaciló en musicalizar un catálogo de maquinarias agrícolas, escribir un tango para los tres Fratellinis, o apropiarse de los primeros compases de un danzón de Antonio Romeu; pero cuando se propuso batir records de altura, nos dió las partituras de *La creación del mundo*, la *Orestíada*, o de ese grandioso *Cristóbal Colón*, revelado en Berlín con éxito sensacional. Es probable que muchas páginas de Darius Milhaud—dotadas de un sentido hartamente polémico—caigan en el olvido. Pero no podrá olvidarse que en el final de *Las Euménides*, en las vociferaciones con batería de *Las Coéforas*, en el primero de los *Estudios* para piano y orquesta, y a todo lo largo de *La creación del mundo*, hay estallidos luminosos que sólo pueden salir del cerebro de un genio auténtico. Si Milhaud poseyera el sentido de la disciplina que caracteriza la producción de un Honegger, sería tal vez el músico más completo de la hora actual. Lo cierto es que su arte es lozano y viviente, y corresponde al ritmo y a los anhelos



El compositor en su gabinete

de una época. Milhaud es una fuerza de nuestro tiempo y no lo creo capaz de desconocer el valor de este privilegio, aspirando a trocarlo por una de esas glorias póstumas, que aburren, en silencio, a varias generaciones.

□

Al regresar de Berlín, después del triunfo estruendoso de su *Cristóbal Colón*, Darius Milhaud tuvo la sorpresa de enterarse de que los directores de la Opera de París se decidían—¡por fin!—a pedir una obra suya, para crearla en el viejo y pomposo teatro de Charles Garnier.

—Les escribiré una ópera, en el más completo sentido de la palabra—declaró el compositor, que aquel día llevaba una corbata color sangre de toro, regalada por Chanel.

Y algún tiempo después, pudo anunciarse un *Maximiliano*, *Emperador de México*, en tres actos, con libreto de un poeta alemán contemporáneo. Personajes: la reina Carlota, el empe-

Darius Milhaud en zapatillas



Retrato de Donna Lelia Cactani, por Derain.

□
rador de la barba florida, el general Bazaine... En esa partitura se escuchará una auténtica canción de soldados, de la época:

*Adiós, mamá Carlota,
narices de pelota...*

—¿No cuenta usted entre sus amistades con algún general mexicano?—me preguntó Milhaud recientemente.

—¿Un general mexicano?

—Sí; un general que conozca las canciones de soldados de su tierra. Quiero ver si algunas de las que he inventado tienen suficiente carácter.

—Tata Nacho está en París. Es el más experto en materia de folk-lore mexicano... Pero no es general.

—Tráigamelo, y lo haremos mariscal.

La entrevista con el *mariscal* Tata Nacho pareció satisfacer a Milhaud, reafirmando algunas de sus convicciones.

—El folk-lore sonoro de México es encantador—declaró.— Pero, dígame lo que se diga, lo hallo menos interesante que los de Cuba o del Brasil... Todo lo que el negro marca con el sello de su sensibilidad es de una riqueza y variedad incomparable... ¡Los danzones que he oído en Puerto Rico!... ¡Las sambas de Río!... ¡En Europa no se sabe lo que es ritmo!

Clavados en los testeros, los personajes de "Les malheurs d'Orphée" nos miraban con sus cabezas tiernas y rústicas.

□
Cuando Darius Milhaud es invitado a tomar parte en alguno de esos actos solemnes que algunos compositores consideran como legítimo premio de sus esfuerzos, el músico suele responder:

—Lo siento... Pero no soy bastante viejo para que me compliquen la vida con semejantes historias.

Los amigos del artista se llaman Marius Francois Gaillard, Roger Desormieres, Robert Caby, Henri Sauguet, Maurice Jau-

bert; hombres que tienen apenas treinta años, y que hubieran sido los camaradas de Satic, si el viejo ángel de Arcueil no se hubiera extinguido un buen día, después de releer una vez más los cuentos de Andersen.

Es posible que Darius Milhaud no asista a la primera audición de obras de un consagrado. Pero nunca dejará de concurrir a un concierto en que se ejecuten concepciones jóvenes. Recientemente, en el concierto en que Roger Desormieres nos reveló la existencia de ese meteoro luminoso que se llama Igor Markevitch—diez y ocho años, embellecidos por una madurez que linda con el milagro—vimos aplaudir a Milhaud hasta lastimarse las manos.

Y los que saben cuándo el maestro es sincero, pudieron oír este comentario:

—¡No he sentido emoción parecida desde el estreno del *Sacre du Printemps*!

□
La percusión del *Bucy en el techo* está enriquecida por la seca sonoridad de un "güiro" criollo.

—Hace tiempo me enviaron del Brasil un cucurucho lleno de semillas de "güira"—me contó Milhaud.—Las hice sembrar en mi jardincillo de Aix, en Provenza. Pero, por efecto del clima, me han salido unas "güiras" minúsculas: apenas miden seis centímetros de largo... Yo tenía el proyecto de llevar un centener de "güiros" a casa de mi editor. Así, toda persona que comprara una partitura de orquesta del *Bucy*, hubiera podido recibir como regalo, una de las calabazas sonoras... ¡Y ya ve usted! ¡Europa se las arregla para malograr las mejores intenciones!

¡Nostalgia de América! ¡También has echado raíces en el corazón de Darius Milhaud!

Alejo CARPENTIER.



Retrato de Mme. H. J. L., por Vuillard.